

Y salió el rey de Sodoma y el rey de Gomorra y el rey de Adma y el rey de Zebaim y el rey de Bela [glosa: que es Zoar], y ordenaron contra ellos batalla en el valle de Siddim, contra Kedor Laghomer, rey de Elam, y Tidghal, rey de los Goj, y Amar-pal, rey de Shinghar, y Ariok, rey de Ellasar; cuatro reyes contra los cinco.

10.) Y el valle de Siddim estaba lleno de pozos de betun; y huyeron el rey de Sodoma y el de Gomorra, y (sus gentes) cayeron dentro de aquellos, y los demás huyeron al monte.

Y tomaron toda la riqueza (rekúsh) de Sodoma y de Gomorra, y todos sus víveres, y se fueron.

Y tomaron á Lot y su hacienda, el hijo del hermano de Abram, y se fueron. Lot moraba en Sodoma.

Y vino uno de los que escaparon, y denunció á Abram, el Hebreo, que habitaba bajo las encinas (ó terebintos) de Mamre, el Amorita, hermano de Eshkol y hermano de Aner, y estos estaban confederados con Abram.

Y oyó Abram que su hermano estaba prisionero, y armó á sus adictos [chanik, glosa: los nacidos ó criados en su casa], trescientos diez y ocho, y los persiguió hasta Dan (la frontera septentrional).

15.) Y lanzáronse sobre ellos de noche, él y sus siervos, é hiriólos, y les persiguió hasta Joba, que está á la izquierda de Dammashek (Damasco) (1).

Y recobró todos los bienes, y también á Lot, su hermano, y su hacienda, y también las mujeres y gente.

Y salió el rey de Sodoma á recibirlo, cuando volvía de la batalla con Kedor-Laghomer y los reyes que con él estaban, al valle de Shaveh [glosa: que es el valle del Rey].—Sigue luego en v. 18-24 (final del capítulo) el relato del encuentro de Abram con Melki-Zedek, rey de Salem (el posterior Jeru-Salem), que es de sumo interés histórico-religioso, á causa de la frecuente mención que en él se hace de El-Eloim (ó sea «dios el altísimo», que Eusebio escribe fonéticamente Eliun), su dios (2).

Como el rey de Sennaar que se cita en ese relato juntamente con el de Larsa, no puede ser sino el de Babel, de lo que es confirmación además la usual fraseología bíblica (véase la historia de la construcción de la torre de Babel), y como en tal caso solo puede hacerse referencia al predecesor de Chamuragas, Sin-muballit (que reinó 30 años, 1953-1923, antes de J.C.), resulta desde luego evidente que el Amar-pal del relato bíblico es el mismo Sin-muballit de las inscripciones cuneiformes, pudiendo demostrarse igualmente que ambos nombres son sinónimos (3). Con efecto, dadas las muchas analogías que se nos ofrecen de abreviaturas por el mismo estilo en la asimilación de nombres exóticos puede admitirse fácilmente que *x-muballit* (acentuado en la sílaba *bal*) se convirtiera en boca de otro pueblo en *x-pal*, sin tacharlo por eso de verdadera mutilación; y aunque á primera vista no parece explicable la transformación del primer elemento de ese nombre, Sin (dios de la Luna) en un caso y Amar en el otro, lo es y cumplidamente, recordando que Amar era sobrenombre de Sin y que el compuesto Amar Sin figura como nombre de rey y de dios (3. Rawl., 69, 17; véase asimismo el nombre propio Amar-ilu, ó sea «Amar es dios»). Es, pues, sencilla y

(1) La última expresión parece muy probable que sea glosa posterior. (2) Eloim es también el dios de Balaan (Núms., 24, 16), el vidente del Eufrates; Moisés le nombra asimismo en el v. 8 del cántico Deut., 32, de cuya remota antigüedad y autenticidad no cabe dudar, y en el salmo, seguramente davidita, 18, v. 14 (= 2. Sam., 22, 14) alterna Eloim con Jehova. Encuétrase además esta denominación de la divinidad en varios pasajes de los Salmos, en las Lamentaciones y en Isafas, 14, 14, si bien usada en parte como expresión poética.

(3) Hay alguna diferencia, aunque no sustancial, entre la traducción de los Setenta y la Vulgata. Esta llama á Amar-pal *Amraphel* y traduce siempre Eloim por el Altísimo. (N. del T.)

lógica deducción que los hebreos oyeran pronunciar el nombre del rey de que se trata Amar-Sin-muballit ó también solo Amar-muballit, y así se explica perfectamente la sinonimia Sin-muballit = Amar-pal, siendo concordancia y confirmación de las demás posiciones. El nombre Kudur-Lagamar (Chodorlahomor de la Biblia) tiene igualmente todos los caracteres de genuina tradición histórica, como se desprende de la composición similar de otros nombres elamitas, como Kudur-Mabug, Kudur-Nankhundi, etc., y también de que Lagamar (ó Lagamal) figure en las inscripciones como nombre de una diosa elamita. Surgen, sin embargo, aquí tres hipótesis: 1.ª Lagamar y Mabug eran los nombres de una misma diosa (véase lo expuesto más arriba acerca de Amar y Sin), y entonces Kudur-Lagamar no sería sino otro nombre para designar al padre de Ariok (Iri-Aku), lo que parece menos probable; 2.ª Kudur-Lagamar era el rey del Elam propiamente dicho, y por lo mismo supremo soberano así del señor de Jamutbal (Kudur-Mabug) como del hijo de éste, Iri-Aku de Larsa; y 3.ª y última, Kudur-Lagamar era el sucesor de Kudur-Mabug en el dominio de Jamutbal (Elam occidental) y en tal caso hermano ó pariente de Iri-Aku. En favor de la segunda hipótesis tendríamos la expresión de la Biblia, «rey de Elam» y el título de «señor de la Tierra del Occidente» que Kudur-Mabug se atribuye en una inscripción (territorio que administraría por encargo de Kudur-Lagamar), y en favor de la tercera la circunstancia de que la diosa Lagamal era la patrona de Kishurra, ciudad situada, á lo que parece, en el territorio de Jamutbal. En este último caso habríamos de admitir que ya Kudur-Mabug había sometido á Martu ó Tierra del Occidente (4), y que después Kudur-Lagamar volvió á tenerlo bajo su dominio durante 13 años, período que correspondería á la segunda mitad del reinado de Ariok (aproximadamente 1942-1930 antes de J.C.). Por nuestra parte, nos inclinamos á la hipótesis de que la sujeción de la Tierra del Occidente durante doce años á la soberanía de Kudur-Lagamar está relacionada directamente con el título de Kudur-Mabug, «padre de Martu», colocándola en época algo anterior (correspondiendo entonces la batalla de Siddim al año de 1940 ó antes, y no al 1930 aproximadamente), y suponemos que la situación política sería ésta: hegemonía de Elam bajo la soberanía de Kudur-Lagamar, y liga con éste, acaudillada por él mismo (véase Gén., 14, 5), del rey Iri-Aku de Larsa (juntamente con su padre, el señor de Jamutbal, de cuyo nombre no era forzoso hacer mención), el cual era además de nacionalidad elamita; del rey norte-babilónico (Amar) - Sin-muballit de Babel (Amar-pal de Sennaar), el cual, siendo Iri-Aku rey de Sumir y Accad, había de entrar en la confederación, y por último, del rey Targhal del territorio de los Gu (5), en el primer elemento de cuyo nombre hemos de ver acaso el del dios alaródico Tarkhu (como en los nombres posteriores Tarkhulari, Tarkhunazi). De todos modos y fuese cual fuera la personalidad de Kudur-Lagamar, del relato de la Biblia se desprende ciertamente que era elamita y que así el rey de Larsa como el de Sennaar (Babel) estaban supeditados á la influencia elamita. Así como vemos por las inscripciones cuneiformes que toda la Babilonia se encontraba á la sazón bajo la dominación elamita, pues que

(4) Como durante el reinado de Ariok está atestiguada históricamente por el Gén., 14, la servidumbre elamita de la Palestina, y como por otra parte el padre de Ariok se titula (precisamente durante el mismo reinado de su hijo de Larsa) en una de sus inscripciones «padre (señor) de Martu» (en toda la literatura cuneiforme solo se aplica este nombre á la «Tierra del Occidente», Siria-Palestina), no admitimos en modo alguno la opinión de Tiele, según la cual habríamos de entender aquí el Elam occidental, ó sea convirtiendo á Martu en sinónimo de Jamutbal.

(5) Llamado *Thadal* en la Vulgata.

(N. del T.)

el mismo rey de Larsa era elamita y el de Babel estaba sometido á su suprema soberanía; del mismo modo resulta plenamente establecida la sinonimia del Ariok de Ellasar de la Biblia con el Iri-Aku de Larsa, como también en segundo término la de (Amar) - Sin-muballit de Babel con Amar-pal de Sennaar; todo lo cual constituye un resultado que seguramente supera aun á las más atrevidas esperanzas de los investigadores positivistas del Antiguo Testamento, al propio tiempo que la crítica más contundente de la apreciación al uso del valor histórico de esta parte de la Biblia. No es este el lugar para exponer las consecuencias que de ello se deducen para la crítica del Antiguo Testamento, pero séanos permitido á lo menos consignar que si de la época de Abraham, el patriarca cuya figura consideran la mayor parte de los críticos modernos como puramente mítica (ni siquiera legendaria), se han podido conservar tales recuerdos (y naturalmente desde muy antiguo por escrito), seguramente que no estarán tampoco tan desprovistos de realidad histórica los relatos bíblicos acerca de la estancia de los hijos de Israel en el Egipto y de la persona y hechos de Moisés, cual pretenden nuestros principales críticos modernos, elevando á dogma semejante pretensión.

Habiendo reproducido ya el contexto de todas las fuentes que corresponden á la época de Iri-Aku, solo nos resta ahora hacer breve y compendiosa reseña de lo que de ella se desprende para la historia de su reinado. Considerando en primer lugar la esfera de acción de su poderío en la misma Babilonia, es evidente que las dos capitales babilónicas del Sur, la antigua Ur y la moderna Larsa, representaban el principal papel y constituían la verdadera base y el primitivo asiento de su soberanía; Ur tenía, como ya lo señala Tiele, cierta preeminencia como antigua sede real, y así lo atestiguan el hecho de haberse hallado allí el mayor número de las inscripciones de Kudur-Mabug y Ariok, como también la anteposición de Uru-ki (dios principal de Ur) al Babbarra (dios del Sol) de Larsa en la fórmula de invocación en los contratos privados, reproducida anteriormente. Además de Ur y Larsa poseía Iri-Aku los antiquísimos lugares de culto de Nun-ki (Urudugga y Eridu), Sirgulla, Girsu-ki y Gishgalla-ki, todos ellos situados al Este del Shatt-el-Hai y formando etapas de comunicación entre Larsa y el distrito de Jamutbal, de su padre Kudur-Mabug, que ya pertenecía á Elam. De esta manera Iri-Aku ejercía su indisputada autoridad en toda la Babilonia del Sur, desde la ribera occidental del Eufrates (Ur) hasta Elam. Incorporó también directamente á su territorio la Babilonia central con la conquista de Nisin, la antigua ciudad de los reyes, y Uruk (Arach). Especialmente la toma de Nisin fué considerada por sus contemporáneos (respectivo por él mismo), según nos lo demuestran las láminas de contratos, como un suceso importante, formando época para fechar las inscripciones; y según ya hemos indicado, con la posesión de esa ciudad está íntimamente relacionado el título de «pastor de Nibur», que suele figurar al frente de los que él se atribuye (1). Finalmente, parece que Iri-Aku logró ya al principio de su reinado hacer vasalla suya á la Babilonia del Norte, cuyo trono ocupaba desde 1953 (Amar) - Sin-muballit, hijo de Apil-Sin (2), como ya también antes Sin-iddina de Larsa se titulara rey de Sumir y Accad, después que los últimos reyes de Ur, que poseían cierto grado de hegemonía anteriormente

(1) Igual relación existía ya en tiempo de los reyes de Nisin, como hemos indicado anteriormente.

(2) Dada nuestra hipótesis de que Iri-Aku hubiese reinado aproximadamente 1960-1920, resultaría que Apil-Sin había reinado ya unos siete años coetáneamente con Iri-Aku, lo que corresponde con bastante exactitud á la probabilidad histórica.

á los de Larsa, se habían contentado con el título más alisonante pero menos significativo de «rey de las cuatro zonas», en uso en la Babilonia del Norte desde los tiempos de los antiguos reyes de Agadi.

Tienen importancia histórico-religiosa la designación que por dos veces se hace en las inscripciones de Anu, Inlil (Belo) é In-ki (Ea) como «los grandes dioses (3)», que en el posterior panteón oficial norte-babilónico forman el primer trío divino; la mención del antiguo héroe Gishdubarra como dios en lugar de Uru-ki ó Sin (4); el culto de la diosa Ga-sig-dug, respectivo Ma-sib-zib en neo-sumérico (en las inscripciones de Iri-Aku: Ma-sig-dug), llamada «madre de Sirgulla» en las inscripciones de Gudi'a, en Gishgalla-ki, lo que acaso puede ser otro indicio de la situación del propio lugar (¿el mismo Sirgulla?), y finalmente, la traslación del culto de Nin-Girsu de Girsu-ki á Ur, donde Iri-Aku edificó un templo á este dios que representa otra forma de Nindar.

Pasemos ahora á la política exterior de Iri-Aku, de la que es naturalmente suceso principal la expedición á la Tierra del Occidente. Los elamitas no se contentaron con la suprema soberanía sobre Martu (tierra de los amoritas ó amorreos) en el sentido más concreto, ó sea la Palestina del Norte y la Siria meridional, lindante con aquella, sino que acabaron por imponer también durante doce años contribuciones y tributos al territorio de los reyes cananeos que imperaban en las comarcas que habían de ser después el mar Muerto, y particularmente en el de los reyes de Sodoma y Gomorra (5). Al fin se negaron éstos á seguir pagando los impuestos, y de ahí que los confederados elamitas y babilonios avanzaran con grandes ejércitos, primero hasta Basan en la parte Norte de la tierra oriental del Jordán (Ashtarót-Kar-nayim), luego más hacia el Sur hasta el territorio que fué después de Ammon (Zuzim) y Moab (Emim), y después siguiendo, siempre en dirección al Mediodía, el camino de las caravanas (el posterior Wádi al-Araba) hasta el golfo elamita. Retrocediendo entonces por el mismo camino, en dirección Noroeste hacia Gaza, llegaron á Kadesh-Barnea, tan buscado hasta aquí y por fin descubierto en Ain el-kadis, desde donde marcharon hacia el Norte para devastar el territorio de los amalecitas, hasta que por último se encontraron con las fuerzas de Sodoma y Gomorra y se dió la batalla decisiva en el valle de Siddim (6). Este valle formaba la parte más meridional del mar Muerto, que ya existía á la sazón y después se hundió por efecto de fenómenos volcánicos, y quedó cubierto con sus ciudades y lugares por las aguas del citado mar. Lo que más llama la atención en el camino seguido por los confederados, es la expedición á Elat, que

(3) La diferenciación de Anu (*anna*, «cielo») de In-lil aparece ya, como hemos visto, en las inscripciones de Gudi'a, empezando con estos dos nombres la larga enumeración de dioses que se hace en la leyenda estatuaria B.

(4) Y por cierto, escrito de la misma manera que en el pasaje indicado arriba.

(5) Es evidente que esta suprema soberanía sobre la Palestina del Sur supone una autoridad ejercida ya desde largo tiempo en el Martu propiamente dicho; esto vendría á concordar hasta cierto punto con la hipótesis de que Kudur-Mabug fuera señor de Martu en su sentido más concreto y que Kudur-Lagamar (en este caso no siendo rey del Elam propiamente dicho, sino también príncipe de Jamutbal), como sucesor de aquel, hubiese extendido la soberanía ejercida en Martu hasta el territorio oriental del Jordán y la tierra de Canaan (Palestina del Sur). Mas véase lo ya aducido anteriormente en contra de esta hipótesis; dado el largo reinado de Iri-Aku (y de Kudur-Mabug, pues que éste fué Adda de Jamutbal hasta la caída de Iri-Aku), puede suponerse también que Martu fué sometido en primer lugar por Kudur-Mabug, y que solo posteriormente el rey de Elam hizo igualmente tributario al territorio situado más al Sur, emprendiendo por último, catorce años después, con Ariok y los otros reyes la campaña contra los de Sodoma y Gomorra.

(6) La Vulgata le llama «valle Silvestre.» (N. del T.)

está situado en el golfo del mar Rojo que forma la parte oriental de la península del Sinaí, y la contramarcha por el desierto de Tih (1) y Kadesh. La exacta localización de este último lugar, que representa asimismo importante papel en el regreso ó éxodo de los israelitas del Egipto, ha sido recientemente determinada por el norte-americano H. Clay Trumbull (2). «El valle en que se encuentra Kadesh (Wādī Kadīs), — dice este viajero en su bella relación, — es una extensa llanura de irregular superficie que mide algunas millas inglesas, circuida de colinas,» en el territorio de los agresivos y temidos árabes Azázima, «y seguramente bastante espaciosa para haber servido de campamento al ejército de Chodorlahomor ó á todo Israel. Atraviesa el centro del Wādī-Kadīs un ancho cauce que con su extrema fertilidad se destaca notablemente de la aridez que le rodea.» Trumbull describe su llegada allí; despues de infinitos peligros y penalidades, con estas palabras: «¡Qué contraste tan maravilloso! De la aridez y desolación del ardiente desierto nos veíamos trasladados como por encanto á un magnífico oasis de verdor, tal como no era posible esperar ni siquiera imaginarse en aquella comarca. Una alfombra de césped cubria el suelo, y á lo largo de la protectora ladera de la colina se alzaban higueras con sus apetitosos frutos casi maduros. Abundaban los arbustos y las flores en múltiple variedad. Bajo la yerba ondulante susurraba el agua...»

El encuentro de los elamitas y babilonios con los cananeos es ya por sí solo de suma importancia histórica, sin contar que este episodio determina también la época de Abraham (ó sea los primeros tiempos de los hebreos). Tiene asimismo inmensa significación histórica el gran rodeo, que á primera vista nos parece tan extraordinario, dado por los ejércitos aliados desde las comarcas del Eufrates y del Tígris al través del desierto al Nordeste de la península sinaica. Se comprende que el avance de un ejército tan poderoso como acaso jamás habían visto otro los beduinos y las tribus sedentarias (entre ellas las de los numerosos y muy extendidos amalecitas) que habitaban los territorios desde Elat hasta Canaan, produjera en ellos verdadero pánico y les obligara á dispersarse. Es de suponer que tribus enteras emprendieron la fuga, llevando la agitación y el espanto á las comarcas vecinas. No parece, pues, que sea mera casualidad que por aquella misma época (por los años 1940 antes de J.C.) ocurrieran también en el Egipto aquellas incursiones de los «reyes pastores,» que originaron la llamada dinastía de los hyksos, que se sostuvo durante siglos, é iniciaron una nueva época en la historia egipcia. Que los extranjeros que invadieran el Delta del Nilo y se establecieran allí fueron en su mayor parte cananeos y beduinos (shasu, nombre que se oculta en el de hyk-sos), es cada día mas evidente para nosotros, sabiendo, como sabemos hoy, que las esfinges no-semíticas de Tanis, llamadas de los hyksos, pertenecen á una población que inmigró mucho antes y que no está relacionada en modo alguno con los hyksos. El avance de los ejércitos de Kudur-Lagamar hasta Elat y Kadesh, que debió de poner en movimiento á toda la población de la península sinaica y del Canaan meridional, nos explica perfecta y satisfactoriamente la invasión del delta del Nilo desde la tierra de Canaan y la Arabia. No quiere decir esto que los con-

(1) Así se llama hoy la parte meridional del desierto de Paran; véase además el nombre del lugar El-Paran, en el golfo elamita.

(2) «Kadesh-Barnea, su importancia y situación probable, con la historia de la investigación de que fué objeto y los estudios sobre el camino del Exodo y las fronteras meridionales de la Tierra Santa.» Nueva York (Scribner), 1884; véase también el extracto y crítica de H. Guthe, en la Revista de la Asociación alemana: «La Palestina,» tomo VIII (1885), páginas 182-232. El viaje de Trumbull se efectuó en el año 1881.

quistadores elamitas llevaron sus armas hasta el Egipto (á lo cual ni las inscripciones de Iri-Aku y Kudur-Mabug ni el relato hebreo hacen la menor alusión), como supuso Eduardo Meyer (3); pero es indudable que su aparición en el Este de la península del Sinaí y en el territorio amalecita (al que pertenecía también el posterior Edom) dió lugar á la invasión de los hyksos en el Egipto.

Podríamos incluir también entre las empresas exteriores (esto es, fuera del territorio babilónico) de Iri-Aku el vencimiento de la rebelión en Kishurra y Bad-anna (Dur-llu), lugares cuyos nombres son suméricos y que estaban situados en la frontera babilónico-elamita ó, lo que parece mas probable, en el Jamutbal elamita. Mas hemos de tener en cuenta que este último territorio era mas bien en su mayor parte una especie de «frontera militar,» constituida en los siglos inmediatos anteriores y que solo recientemente había entrado á formar parte de Elam, componiéndose casi en totalidad de antiguas poblaciones babilónicas en la frontera elamita (así lo indica desde luego el nombre «tierra de Mutbal» por la referencia que hace á su origen babilónico). La contienda con estas ciudades, pues, solo corresponde en parte á la política exterior, y aun mejor por completo á la interior. Preferimos por lo mismo hacer algunas breves consideraciones mas acerca de Canaan, para terminar este capítulo con una ojeada retrospectiva sobre las vicisitudes de Martu ó Tierra del Occidente durante el período transcurrido (desde la época de Gudi'a), á lo que nos invita sobre todo la figura de Abraham que acaba de surgir en el curso de nuestra exposición. Seguirá luego, como lógica consecuencia, un capítulo final de esta parte de nuestro libro, resumiendo en breves consideraciones el desenvolvimiento histórico, religioso y civilizador de la Babilonia desde el siglo 23 precristiano, particularmente entre los semitas de la Babilonia central y del Norte, dándonos esto pié para hacer un breve estudio sobre la literatura en este mismo espacio de tiempo, resumen que nos parece indispensable antes de comenzar la historia del reinado de Chamuragas.

Como ya vimos anteriormente, el «territorio de los amorreos» apareció por primera vez en el horizonte de los babilonios en tiempo de Gudi'a, por los años 3100 antes de J.C.; y que ya entonces debió estar en gran parte semitizada la Tierra del Occidente nos lo prueban los muchos nombres de lugares de genuino carácter semita y en primer lugar el del mismo Martu (derivado de Amartu y acaso también de Amurtu, pronunciado Murtu). Dedúcese, sin embargo, con harta claridad de las representaciones gráficas en los sepulcros de la época del Faraon egipcio Tutmosis III, por los años 1600 antes de J.C., en las cuales tienen color amarillo los asiáticos semíticos, y rojo, como los egipcios, los fenicios recién semitizados, que en varias comarcas de la Palestina y principalmente en la costa fenicia, hubo de morar una población no-semítica en su origen y probablemente muy afín de los antiguos egipcios. De estos primitivos cananeos, cuyo radio de habitación se extendía hasta el delta del Nilo, debió de proceder el culto del dios Set (desde remotísima época conocido ya entre los egipcios como el dios de los extranjeros), del cual aun se encuentra alguna huella en el Antiguo Testamento (4). La fundación de la ciudad de Ur y del rei-

(3) «Historia de la Antigüedad,» tomo I, pág. 167 (§ 137). No puede negarse, sin embargo, á Meyer el gran mérito de haber indicado á lo menos la relación que pudiera existir entre las expediciones de Kedor-Lagomer y Ariok y la invasión de los hyksos.

(4) En una de las listas de los primitivos patriarcas se llama Adam («hombre») al hijo de Dios, y en la otra Enosh (también «hombre») al hijo de Set; véase Rydberg: *Urpatriarkernas s'äkttafta i genesis*, citado por Lieblein en las actas del Congreso de Leiden, 4.^a parte, pág. 64,

no del mismo nombre, por los años 3000 antes de J.C., fué una consecuencia de las relaciones con Martu, iniciadas por Gudi'a y que debieron sufrir algun entorpecimiento con la traslación de la sede del poder de Ur á Nisin. Solo por los años 2300 antes de J.C. volvemos á tener noticia de Martu, presentándose esta vez la Tierra del Occidente en activas é íntimas relaciones, tanto comerciales como intelectuales, con la Babilonia, como ya lo apuntamos sobradamente en las páginas anteriores. Entonces también la ciudad de Ur y el nuevo reino sumérico establecido allí, pero gobernado por reyes semíticos, eran el eslabon que reanudó tales relaciones. El hecho que mas sobresale en este punto es que en aquella misma época una fracción de los semitas occidentales que aun llevaban la vida nómada (1) fué penetrando lentamente, viniendo á lo que parece de la Mesopotamia, hasta el estrecho territorio situado al Oeste del Eufrates, donde plantaron sus tiendas en las cercanías de Ur, que era la única de las antiguas ciudades babilónicas que había en aquella parte. El mayor número de estos semitas es posible que se fundiera poco á poco con los babilonios, mas una pequeña parte de ellos regresó por los años 2000 antes de J.C. á la Mesopotamia, hasta que en 1950, ó poco antes, emigró Abraham con su familia y otras que le siguieron á la Palestina, y así se formó el tronco del posterior pueblo israelita. Los afines cananeos de su tribu le llamaron *el hebreo* ('Ibri), ó sea «el emigrado,» y este nombre se transmitió á sus descendientes y á todos aquellos que por medio del matrimonio ó por otras causas tuvieron ingreso en la liga que unia sus familias (2). Con efecto, precisamente en los hebreos se encuentran mas frecuentes huellas aun que en los demás cananeos de prolongado contacto con los babilonios semíticos del Norte y del centro, cuyos mas inmediatos vecinos habían sido, plantando sus tiendas y apacentando sus ganados desde las cercanías de Ur hasta mas abajo del Eufrates en la margen occidental de este río. Son señales de ello, por ejemplo, la palabra hebrea usual para «ciudad,» *ir* (neo-sumérico *ir*, en vez del antiguo sumero *ur*), para la cual tienen los demás cananeos las semíticas genuinas *kiryat* y *kir* (3); las mas antiguas tradiciones hebreas, tan significativas de íntimas relaciones con la Babilonia central y del Norte, y, por último, las múltiples semejanzas en la fraseología religiosa, aludiendo nosotros con ello principalmente á los salmos penitenciales babilónicos de esta misma época (los últimos siglos anteriores á Chamuragas), redactados en neo-sumérico, pero completamente saturados de conceptos semíticos. Es verdad que tanto por lo que atañe á estos últimos como también por lo que se refiere á los hebreos, que con ellos se pueden comparar, objetan nuestros modernos críticos que difícilmente concuerdan tales desbordamientos de un corazón destrozado con el carácter histórico de David y que los varios cánticos atribuidos á éste proceden mas bien de época posterior. Pero precisamente el núcleo de la colección de los salmos, Salm., 1-71, contiene

debiendo advertir que el hebreo Shedim, «demonios,» no hace aquí al caso, siendo equivalente al babilónico-asirio *shidu*.

(1) Con esta expresión queremos significar los árabes, arameos y cananeos, como conjunto homogéneo, para distinguirlos de los babilonios también semíticos.

(2) Parécenos cuestión ociosa la de si Abraham y sus gentes hablaban el arameo y solo despues ya en la Palestina lo cambiaron por el hebreo, ó si desde antiguo fué éste (es decir, el fenicio-cananeo) su lengua materna; pues no podemos saber si ya en época tan remota existían tan marcadas las posteriores variantes dentro del semítico occidental (arábigo-araméo y fenicio-cananeo), para hacer distinción entre arameo y hebreo en los años 2000 antes de J.C.

(3) Cierto que hay otra palabra, tal vez de origen semítico, *'ar*, en hebreo (también en el árabe meridional, *'urr*), que significa asimismo «ciudad,» pero seguramente no tiene relación etimológica alguna con *'ir*.

muchos de esos cánticos atribuidos directamente á David, y pretender relegarlos á la época del cautiverio y suponer á sus autores influidos allí por sacerdotes babilónicos, es cosa tan absurda como la otra hipótesis por el mismo estilo, rechazada por nosotros, referente al relato histórico del Gén., 14, y que hasta ahora no se ha atrevido á proponer en serio ningún investigador del Antiguo Testamento. Mas ¿no podría ser que David no fuera el primero que hubiese compuesto tales cánticos penitenciales, sino que hubiese imitado modelos (ya fueran conservados por escrito ó transmitidos oralmente y siempre con nuevas variantes), que entonces arrancarían, como es natural suponer y como las tradiciones sobre Sennaar, Nemrod, etc., de la época en que los hebreos habitaron en las fronteras de la Babilonia? Sentada la probabilidad de tal hipótesis, se suscita naturalmente la cuestión de si los norte-babilonios semíticos (4), ó sea los autores de los salmos penitenciales neo-suméricos, fueron influidos por sus vecinos nómadas, ó vice-versa. Demostrados ya en esta misma época otros efectos de influencias de la cultura occidental en la Babilonia, como la introducción del «dios de Martu,» ó Rammân (Rimmôn), en el panteon babilónico, y no es este el único ejemplo de lo mismo (5), no tendría nada de absurdo admitir la influencia de cánticos hebreos, es decir, de los conceptos expresados en ellos, en la poesía religiosa de los babilonios, sobre todo teniendo ésta, como tenía, mas bien carácter privado que oficial (6); y la sola circunstancia de que en estos casos la apreciación al uso se inclina siempre á atribuir la asimilación á los hebreos, no tiene naturalmente valor alguno en contra. Hemos de tener muy en cuenta, dándole la suma importancia que tiene, el hecho de que los últimos siglos anteriores á Abraham, durante los cuales habitaron sus antepasados como nómadas en las comarcas al Norte de Ur, coinciden con el período en el cual vemos atestigüadas con la mayor claridad por la grande obra astronómica de los norte-babilonios las mas activas é íntimas relaciones entre la Tierra del Occidente y Accad y Ur.

CAPITULO IV

OJEADA SOBRE LA CULTURA DE LA ANTIGUA BABILONIA HASTA LA ÉPOCA DE CHAMMURAGAS

Dejando ya la Tierra del Occidente, trataremos en este último capítulo de la misma Babilonia, para echar una ojeada sobre todo el período desde los reyes de Sirgulla, ó sea desde la época mas remota, hasta el último de los monarcas sud-

(4) Aprovechamos esta ocasión en que hablamos tan repetidas veces de los semitas de la Babilonia del Norte y del Centro, para llamar la atención del lector sobre una errata de bastante bulto que ha aparecido en la pág. 107; en el sexto renglon de la primera columna de la misma debe leerse «los semitas norte-babilónicos» en vez de «hamitas.»

(5) Otro ejemplo de lo mismo sería el dato que transcribimos antes de F. Delitzsch (Calwer: *Léxico bíblico*, artículo «Nergal»), de que el nombre occidental de Nergal era Sharrapu, esto es, Seraph, pues que así podríamos admitir que tal vez este nombre se introdujo ya en la Babilonia en aquel tiempo. Mas en el respectivo pasaje (2. Rawl., 54-76) se dice muy claramente que Sharapu es el Niral de la ciudad de Mar (Mar-ki, no Martu), lo que naturalmente no tiene menor importancia en cuanto á la significación del Seraphim de la Biblia.

(6) Si bien los salmos penitenciales neo-suméricos en la forma en que han llegado hasta nosotros proceden de sacerdotes (véanse las caprichosas combinaciones hierogramáticas antes mencionadas), en su origen fueron manifestaciones religiosas particulares, á manera de cantos populares (solo en época posterior, acaso tan posterior como la de Assurbanipal, tuvieron carácter oficial en el culto), como ya se desprende sobradamente de las formas tomadas del lenguaje popular neo-sumérico que se hablaba á la sazón. Cánticos como los himnos á Nindar, sin embargo, en los cuales solo se encuentra alguna que otra forma neo-sumérica, no hay duda que hubieron de tener desde su origen cierto carácter oficial.